

Al encontrar colocada  
Una copa de aguamiel,  
La misma copa era aquella  
En que rendido y sediento  
Bebió por cobrar aliento  
Su propia muerte Aguilar,  
Cubrió de la dama bella  
Frio sudor el semblante  
Y mandó de allí delante  
La infausta copa quitar.  
Largo tiempo su mirada  
Sin alzar del suelo estuvo,  
Mas cuando temblando hubo  
De levantarla Isabel,  
Con terrífica sorpresa  
Vió, cual antes colocada  
En el centro de la mesa  
Una copa de aguamiel.  
Y dos y hasta cuatro veces  
De allí mandó retirarla,  
Y siempre tornó á mirarla,  
Sin poderla echar de sí.

Y de su crimen las heces  
Del alma al labio vinieron,  
Y sus labios maldijeron,  
Y siempre la copa allí.  
Con la impres'on destructora  
Del repetido martirio,  
Desesperado delirio  
De Isabel se apoderó,  
Y cediendo á la roedora  
Tenacidad del tormento,  
Por el duro pavimento  
Cual maza inerte rodó  
Y nunca desde aquel día,  
Como memoria sombría  
De su criminal empresa,  
Dejó de ver Isabel,  
Ya camine á la ventura,  
Ya se encierre en su clausura,  
En el centro de su mesa  
Una copa de aguamiel.

FEDERICO BELLO.

## FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO.

### I.

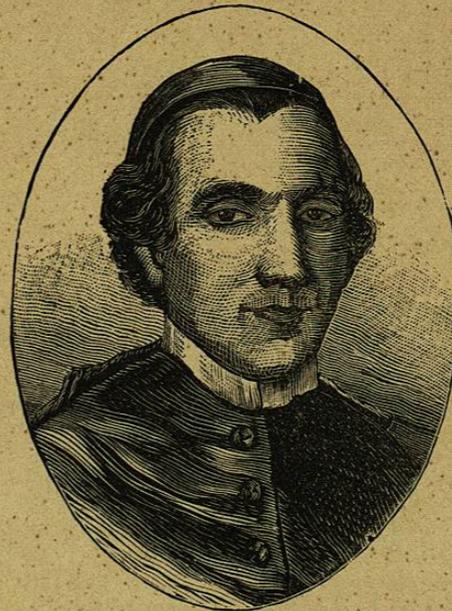
Una nacion adquiere el título de ilustrada por los hechos de sus hijos que con sus obras han contribuido al progreso de la humanidad. — México, á pesar de sus infortunios, puede presentar ante el mundo civilizado, un catálogo nada reducido, de personajes ilustres, que poseyendo como bienes principales sus libros y entre sus más apreciables dones su inteligencia han producido obras de gran mérito, en distintos ramos de los conocimientos humanos.

Una de nuestras glorias más puras es sin contradiccion la del gran historiador el abate Francisco Javier Clavijero; pero ántes de tratar acerca de tan ilustre escritor, conviene echar una rápida ojeada hácia los primeros años de la conquista.

La destruccion de los documentos indígenas, consiguiente al espíritu religioso de los conquistadores, diametralmente opuesto al de los indígenas, en su moral, prácticas y ceremonias, hubiera sido de fatales consecuencias para la historia, sin la intervencion de los primeros apóstoles del cristianismo en

el Nuevo Mundo, quienes con una firmeza extraordinaria, con erudicion é inteligencia suma, no solamente rehicieron esos documentos, por medio de los más útiles y constantes trabajos, sino que reuniendo las tradiciones y acopiando datos y relaciones auténticas dieron forma á la historia del pueblo vencido, al mismo tiempo que atendian á la instruccion y al bienestar de los indígenas; de suerte que si éstos, por el extremado amor y caridad de los misioneros, tuvieron en ellos sus más insignes protectores, la nacion que brotó de las ruinas de la monarquía azteca, les debe su historia.

Sahagun, Mendieta, Motolinia, Las Casas, Duran, Betancourt, Beaumont, Torquemada y otros muchos religiosos, llevaron su celo hasta el punto de aprender los idiomas indígenas, impulsados por dos sentimientos á cual más digno y meritorio: una para facilitar más la conversion de los indígenas á la civilizadora religion del cristianismo; otra para inquirir la verdad histórica oyendo la voz más autorizada de los indios contemporáneos, obteniendo de ellos la narracion de sus tradiciones y la explicacion de los geroglíficos, de su sistema



D. Francisco Javier Clavijero.

[Historiador Mexicano.]

Nació en Veracruz el 9 de Setiembre de 1731.—Murió en Bolonia en 1787.